

FRANCISCO JAVIER EUGENIO DE SANTACRUZ Y ESPEJO



VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

I

Muy poco se ha hablado de este insigne ecuatoriano, uno de los más altos representativos de la raza indígena, que deslumbró en su época por los grandes conocimientos que adquirió casi por su propia cuenta en la ciudad de Quito, en donde nació en diciembre de 1747, sin que se sepa el día preciso, pues solo se conoce la partida de bautismo que fue el 21 de ese mes. En esos duros tiempos había hasta en eso discriminaciones raciales profundas,

puesto que dichas partidas tenían libros especiales, de blancos, negros y mestizos. Se sabe que su padre era un indio de Cajamarca, en el Perú, de nombre Luis Chzhig, que en quechua significa lechuza. Sobre su madre se ha dicho que era española y otros mestiza, de nombre Catalina Aldaz y Larraínzar. El indio Luis pasó a Quito siendo muy joven como sirviente del sacerdote y médico José del Rosario, que iba contratado a atender los enfermos del hospital de aquella capital

de la Presidencia, dependiente del Virreinato de la Nueva Granada.

El caso de nuestro personaje es verdaderamente excepcional y vale la pena recordarlo, aun cuando sea en una ligera síntesis en cuyo marco puedan caber muchas de las actividades del genial precursor de la independencia del actual Ecuador. En las biografías de este indígena extraordinario se lee, que junto a su padre, en el hospital regentado por los padres Bthlemitas, se dedicó a estudiar medicina con tanto ahínco, que después de llenar los requisitos estipulados entonces y demostrar los complementarios de la ciencia de Hipócrates, recibió el título de doctor en medicina en 1767, precisamente el 10 de julio, cuando no había cumplido los veinte años de edad. La vida de este ilustre personaje que desde su niñez tomó los apellidos de Santacruz y Espejo (su nombre, Francisco Javier), es una especie de canto al estudio sin tregua, ya que siguió después la carrera de la jurisprudencia, de teología, de derecho, junto al prestigio del doctor Ramón Yépez, desde los años de 1780 a 1793, según dice don José Torres Revelo, de quien he tomado algunos datos.

Bien pronto sus conocimientos variadísimos en tantos ramos del saber, fueron conocidos en el Perú y más tarde por motivos de su destierro, en la capital del Virreinato. Como se comprueba por sus escritos de que hablaré en seguida, estudió también varios idiomas a la perfección, pues hablaba y escribía en francés, inglés y hasta en

latín. No debo olvidar que conocía con la mayor propiedad la lengua de su antepasado, es decir, el quechua, de obligada práctica para ponerse al habla con sus compatriotas de los "huasipungos" y del pueblo en general de aquella raza, que hablaba tal idioma por motivo de la conquista del famoso Atahualpa quien casó con una ñusta quiteña varios años antes del descubrimiento de América. Con este caudal de conocimientos empezó a escribir en el año de 1770, precisamente hace dos siglos, por lo cual, es digna la fecha de una celebración especial. Sus primicias fueron sátiras y diatribas terribles contra los personajes que dirigían entonces el gobierno quiteño, y se atrevió a más todavía: a atacar el régimen colonial, pecado de lesa majestad entonces que era castigado en las drásticas formas que recuerda la historia. Su primer opúsculo que cumple más de dos siglos de su publicación, es conocido con el nombre de "**La Goliata**", por lo cual se le puso al cuello una, no precisamente de papel, sino de pesadas cadenas.

Se recuerda que por el Tratado de San Ildefonso, celebrado con el Imperio del Brasil, en 1777, se nombraron comisiones especiales para hacer las delimitaciones entre la Real Audiencia con el Perú y el Marañón.

Para llenar estas formalidades limítrofes, uno de los comisionados fue el Comisario Francisco Requena, quien debería hacer el enorme recorrido selvático junto con otros delegados, y se nombró a Santacruz y Espejo, médico

de la expedición, pero era notorio que lo que se anhelaba era alejarlo para siempre de su escenario, por considerarlo peligroso en extremo, demasiado conocedor de filosofías de los enciclopedistas, revoltoso, audaz y de un prestigio reconocido por todos. El indígena Santacruz y Espejo se dio cuenta del juego que se le tendía y pretendió fugarse, con tan mala suerte que fue rápidamente aprehendido en Ambato, se le llevó preso a Quito en donde se le condenó a sufrir afrentosa cárcel por algún tiempo, pero fue libertado en vista de que sus servicios eran necesarios a la colectividad, como insigne y afortunado médico. Su aparente libertad, porque era muy vigilado como pernicioso, no le impidió continuar sus publicaciones, y en 1778 editó su comentadísimo libro "El Nuevo Luciano de Quito", o "Despertador de los Ingenios en Nueve Conversaciones Eruditas para el Estímulo de la Literatura". Si en realidad el título es largo, mucho más extensas fueron las proyecciones de este formidable ensayo, por donde campean las nuevas ideas que iniciaron la Revolución Francesa.

Es curioso observar que en esta obra, el autor se declara formidable crítico literario que echa mandobles contra los malos escritores o "escribidores" de su tiempo, pero de preferencia ataca a los causantes del mal gusto difundido, es decir, a la mala y reducida educación que monjes y curas difundían a sus educandos. Sobre el particular, debo citar a don Marcelino Méndez y Pelayo, que en su Historia de

la Poesía Hispanoamericana (T. II. Madrid Librería Victoriano Suárez, 1913) dice lo siguiente: "en 1779 empezó a correr de mano en mano en Quito y luego en otras de América, no sin que algunas copias llegaran a España, un libro que agitó poderosamente la atención, con el título de **Nuevo Luciano o Despertador de Ingenios**. Atacaba de frente y sin contemplaciones el vicioso método de estudios que prevalecía en las colonias, trasunto fiel aunque más degenerado del que imperaba en la Península durante la primera mitad del siglo XVIII. Era autor de esta aguda y violenta sátira, dispuesta en forma de diálogos en que no escaseaban los nombres propios ni ataques personales, un descendiente de la raza indígena, el Dr. D. Francisco Eugenio de Santacruz y Espejo, médico y cirujano, muy hábil en el ejercicio de su profesión, y con fama todavía mayor y merecida de hombre de conocimientos enciclopédicos, de ingenio despierto y mordaz, de grande inclinación a las ideas novísimas, así en lo científico como en lo social y en lo religioso. Arrastrado por estas propensiones suyas, hizo en una sátira posterior al **Nuevo Luciano**, amarga censura del régimen colonial, encarnizándose con el marqués de La Sonora, cuya política ultramarina como ministro de Carlos III ensalzan y ponen hoy en las nubes los mismos americanos que profesan doctrinas análogas a las que el doctor Espejo difundía. "Esta sátira, calificada por el presidente de Quito de sanguienta y sediciosa, valió al doctor Es-

pejo un año de cárcel y luego un largo destierro a Bogotá, donde se entendió con Nariño y otros criollos de ideas afines a las suyas, y contribuyó a preparar el movimiento insurreccional de 1809".

Es bien conocida la carta que el doctor Santacruz y Espejo envió al Cabildo quiteño, con motivo de haber patrocinado la fundación de la sociedad Escuela de la Concordia, en donde les dice: "vivimos en la más grosera ignorancia y en la miseria más deplorable". Esta sociedad desapareció muy pronto, pero antes fundó el periódico "**Primicias de la Cultura de Quito**", que vivió todavía menos tiempo, pues según el ilustre polígrafo chileno, don Toribio Medina, en su estudio "La imprenta en Quito", no aparecieron en 1792 sino siete números. Todas las obras del ilustre quiteño quedaron inéditas y solamente después de muchos años se ha publicado la mayor parte, pero quedan inéditos algunos opúsculos de crítica, moral, educación, etc. Indudablemente fue un precursor de la independencia, con un poder formidable de ataque y honda filosofía libertaria que le produjo nuevo encarcelamiento en oscuro calabozo, donde murió en 1796.

II

Sobre las obras de este filósofo indígena se pueden escribir muchas páginas para analizarlas concienzudamente, lo que podría ser para otra ocasión, ya que su estirpe intelectual reclama ese homenaje. Por lo pronto, es indispensable mencionar algunas.

Indudablemente, "El Nuevo Luciano" es la mejor de todas. Es una especie de diálogo entre dos personajes: el ambateño Luis de Mora, que aparece como buen crítico de amplios conocimientos y un mal poeta que representa el pésimo gusto literario, como si dijésemos alguno de los corifeos actuales de la degradación literaria. Estas nueve conversaciones le sirvieron al autor para exhibir una gran erudición de filosofía, teología, cultura en general, arte, estética, poesía, oratoria sagrada, etc. Se puede considerar esta obra, como lo comprueba don Marcelino Menéndez y Pelayo, "la más antigua obra de crítica compuesta en la América del Sur". Como homenaje a la erudición de nuestro Miguel Antonio Caro, cuenta el ilustre español, que de aquí de Bogotá le envió copia de la parte del Nuevo Luciano, "referente a la retórica y la poesía, además de otras noticias acerca de una impugnación que se escribió en Lima" (p. 99).

José Torres Revelo en un estudio sobre la Literatura Ecuatoriana, al llegar a nuestro personaje, dice que Santacruz y Espejo escribió un libro intitulado "Marco Porcio Catón (que dicho sea de paso, don Marcelino escribe Catón equivocadamente). La realidad es otra. En Lima y en 1780 apareció un manuscrito de 90 folios intitulado: "Marco Porcio Catón, o Memorias para la impugnación del Nuevo Luciano de Quito". Escribiólas Moisés Blancardo, y las dedica al Ilmo. Dr. Blas Sobrino y Minayo, obispo de Qui-

to, del Consejo de S.M." Santa Cruz y Espejo contestó virulentamente, como acostumbraba en su opúsculo: "La ciencia blancardina, o contestación a las Memorias de Moisés Blancardo". Para remate publicó otra edición (no impresa sino manuscrita, como todas sus obras) en que firmó su "Nuevo Luciano de Quito", con los nombres de Dr. D. Javier de Cía, Aróstegui y Perochena. Se sabe positivamente que esta obra contra las autoridades españolas, en donde se trata extensamente de la independencia americana, lo que lo sitúa como uno de los primeros y grandes precursores de la libertad, circuló en todo el reino de la Nueva Granada y llegó a España, donde, según don Marcelino dice textualmente: "consta por una carta de Espejo, que éste remitió o pensó remitir su obra a Madrid para que se imprimiese bajo los auspicios del conde de Campomanes". (p. 100).

III

"El Nuevo Luciano", según el manuscrito, fue terminado el 23 de junio de 1779. Era presidente de la Audiencia quiteña don Juan José Villalengua. Aterrado ante los conceptos "peligrosos contra el gobierno realista" y las críticas virulentas contra los personajes claves del virreinato en general, dijo que tal libro era "sangriento y sedicioso en extremo". Más tarde hizo circular otro de sus terribles libros ya mencionados: "El retrato de Golilla" directamente contra el gobierno colonial. Se le siguió el proceso correspon-

diente en 1788, por el cual tuvo que marchar a Bogotá con el fin de responder los cargos que se le hacían. En esta ciudad no se le pudo comprobar que él fuera el autor del temible libro, y en consecuencia se le permitió regresar a su domicilio, pero tuvo oportunidad de conocer a don Antonio Nariño y a otros personajes que visitaban la famosa biblioteca de nuestro Precursor, y empaparse más de las ideas libertarias y de libros de la Enciclopedia que Santacruz ya conocía, como lo dice en varios de sus escritos, como lo diré más adelante.

El ingenio del prócer quiteño era multifacético, pues de él se conservan otras obras de diversa índole literaria y científica, porque ya se sabe que fue un médico profundo y bien documentado. Citaré algunas pocas: "Defensa de los curas de la provincia de Riobamba", "Segunda carta teológica a la Inmaculada Concepción de María", "Voto de un ministro togado", "Informe sobre la inconveniencia de enterrar los cadáveres en los templos", "Fiebres de manchas", "Reflexiones sobre la utilidad, importancia y conveniencia que propone don Francisco Gil acerca de un método seguro para preservar a los pueblos de la viruela", "Memorias sobre el corte de quinas". Estos datos los tomó José Torres Revelo, de la publicación de las obras completas del sabio quiteño, pero pasó por alto algunas que no las enumero por tratarse tal vez de pequeños escritos literarios, filosóficos y críticas personales contra varios de sus impugnadores. El ilustre escri-

tor ecuatoriano Isaac A. Barrera, hace un estudio detenido de varias de estas obras, donde prueba la profunda religiosidad de nuestro personaje, y si se sirvió de los enciclopedistas franceses para abreviar las teorías de la libertad, jamás claudicó de sus creencias católicas.

El señor Barrera copia varios conceptos de Santacruz y Espejo para comprobar sus creencias. Dice que en algunas de sus obras "habla de enciclopedistas franceses a quienes tacha de impíos y cita varios conceptos como el siguiente, entre muchos: "hay ciertos libritos de Voltaire y de otros impíos, que genios indiscretos o poco religiosos han traído de España..." Torres Revelo termina así su comentario: "Espejo fue católico sincero y no confundió nunca las miserias humanas con la Iglesia Católica, en cuya santidad creía con fe sincera. Amigo de la emancipación política de las colonias sí lo fue, pero... ¿eso era acaso prueba de irreligión? Por otra parte está plenamente comprobado que escribió muchos artículos religiosos y especialmente sermones de profundo misticismo para que los predicara su hermano, el sacerdote Juan Pablo y de otros curas que lo buscaban para salir airoso, ya que ellos confiaban en aparecer como elocuentes, bastando únicamente con el trabajo de "aprenderlos de memoria".

Santacruz y Espejo tiene la gloria de haber fundado en lo que hoy es el Ecuador, el periodismo. El 5 de enero

de 1792 es día clásico en la historia del Ecuador, porque en ese día salió el primer número del periódico dirigido por él, intitulado "Primicias de la cultura de Quito". En este primer número aparece también un suplemento dedicado a los maestros de primaria con una serie de indicaciones y consejos pertinentes a su apostolado. Allí aparece el concepto suyo que dice: "la prensa es el depósito del tesoro intelectual... Nos faltan libros, instrumentos, medios y maestros que nos indiquen las facultades y que nos enseñen el método de aprenderlas. Todo esto nada importa y no nos impide el que demos a conocer que sabemos pensar, que somos racionales y que hemos nacido para la sociedad". En otro número hace mención de algunos personajes notables ecuatorianos que han dado lustre a su patria.

Entre estos se complace en citar a Miguel de Santiago; don José Gabriel Navarro en su libro "Artes Plásticas Ecuatorianas" (Fondo de Cultura Económica. México. 1945. p. 75), dice de este gran artista: "es el príncipe indiscutible no solo de arte pictórico de Quito sino en toda la América meridional"; el padre Carlos, uno de los más grandes escultores, autor del famoso "Calvario" de la Compañía de Jesús, que descolló en la primera mitad del siglo XVII Nicolás Javier de Gorívar, "tan grande y pujante que no se encuentra precedente sino pasando a España e Italia (p. 158). Sigue el desfile de Nicolás Cortés de Alcocer, Antonio Salas, Vicente Sánchez Barrio-

nuevo, Francisco Villarreal; el maestro Uriaco autor de "Los cuatro doctores" que está en la Iglesia de La Merced, y sobre todo, se detiene Santacruz y Espejo en el famoso indígena Manuel Chili que inmortalizó el nombre de Caspicara de perfecta ejecución, autor entre tantas obras, de "El San Francisco Alado" y el grupo de la Asunción de la Virgen, las estatuas de las Virtudes que adornan la catedral quiteña.

El número 7 del famoso periódico de Santacruz y Espejo fue el último publicado, y no se sabe por qué se terminó, cuando precisamente en él se anunciaban grandes noticias y nuevos artículos de interés. Como se sabe, la expulsión de los jesuitas decretada por Carlos III dio origen en casi todas las colonias, a la fundación de las bibliotecas públicas, como sucedió también en Quito, y en noviembre de 1792, se nombró a este personaje director; y en mayo del año siguiente se abrieron las dependencias para servicio del público. Su casa de habitación estaba cerca de la biblioteca, y ambos lugares eran sitio de reunión de secretos o reconocidos insurgentes que alimentaban el ideal libertario, para lo cual se leía sin mayor disimulo la Revolución Francesa y sobre todo, la de los Estados Unidos de América, en donde se hizo a través de Tomás Pane, la verdadera declaración de los Derechos del Hombre que más tarde llevó Lafayette a Francia, después del triunfo americano con el auxilio noble y desinteresado francés, y —caso curioso— con el de la

misma España, con su pequeño ejército dirigido entre otros, por el venezolano don Francisco de Miranda.

Pero hay algo más grandioso en la hoja de servicios del indígena extraordinario: en el gobierno de la Audiencia, de Luis Muñoz de Guzmán en 1791, se instaló solemnemente la "Sociedad de amigos del país" y Espejo fue nombrado Secretario general. En realidad él fue su creador y quien sentó las bases de la nueva institución, de la cual fue "protector", el jefe del gobierno; director, el obispo de la diócesis; subdirector, el Regente de la Audiencia; y socios, varios escritores y artistas. Se me olvidaba decir que esta sociedad fue precisamente el origen del primer periódico quiteño, "Primicias de la Cultura de Quito".

IV

Al examinar las publicaciones manuscritas y mucho más tarde publicadas, de Espejo, se ve claramente el espíritu libertario que las anima, con sus ideales permanentes de independencia y sus proyectos de democracia continental que los conocían muchos corresponsales diseminados en la mayor parte de las colonias españolas. Y llama la atención de los medios de que se valía para ello, teniendo en cuenta las mil dificultades y el control natural de las autoridades realistas. Se sabe que en Bogotá se encontraban muchos de sus amigos que estaban al tanto de sus pensamientos, lo mismo que en México y en el Virreinato del Plata.

En mi libro "Los Comuneros del Sur", doy cuenta de que cuando pasó varias veces en sus viajes de ida y regreso a Bogotá y en otras andanzas revolucionarias, encontró en la entonces villa de Túquerres elementos admirables que se conjugaban en el mismo empeño de inconformidad que cinco años después de su muerte, pero latente la idea, se produjo el asesinato de los hermanos Rodríguez Clavijo, como protesta por el cobro inmoderado de los impuestos coloniales.

El doctor Francisco Javier Eugenio Santacruz y Espejo tenía un hermano sacerdote de nombre Juan Pablo, de gran talento y adicto a la nueva causa, pero indiscreto por ser completamente extrovertido. En una de sus efusiones contó los proyectos en que se hallaba su hermano y él mismo, que pasó a conocimiento de las autoridades. Inmediatamente fueron detenidos y condenados sin mayor fórmula de juicio en enero de 1795. El sacerdote fue juzgado por el Vicario Capitular y condenado a dos años de reclusión en el convento de San Francisco de Popayán; y su hermano, por los jueces comunes, a varios años de prisión. Fue colocado en un calabozo inhumano sin ningún servicio y se le prohibió la lectura, es decir para él, el mayor suplicio. Es lógico suponer que en tales condiciones de privación de toda clase, sin higiene, lleno de bichos y húmedo en extremo, contrajera la terrible enfermedad del reumatismo que lo postró casi por completo. Todos los amigos y otras gentes compasivas rogaron al presiden-

te de la Audiencia que se le tuviese consideraciones en vista de su categoría y de sus méritos insignes como médico que había en su tiempo prestado grandes servicios a la Colonia, hasta que al fin se le ablandó el corazón y se le permitió como gracia especial que se le llevara a casa de su hermana María Manuela, quien lo atendió en sus últimos días, después de haber permanecido casi un año en semejante mazmorra inhumana a donde fue llevado al principio. A fines de diciembre de ese año (1795) falleció el ilustre médico precursor de la independencia americana y gloria de su raza. A él se le debe hacer un homenaje especial en la Asociación Panamericana que anuncia para pronto hacer la exaltación del indio americano, según dijo el cable de Nueva York, de hace más de un año.

Santacruz y Espejo murió pobre, según se desprende de su testamento hecho pocos días antes de su muerte. Torre Revelo copia algunos apartes, donde dice el moribundo que "para subsistir había usado de los bienes de su hermana, con permiso de ella, no teniendo otra cosa con qué pagarlos que los sueldos que le adeudaban por el cargo de bibliotecario; que deja ropa para que con ella se haga pago en parte de lo que tiene que satisfacerla, y lo que resultare de descubierto, me lo perdone por amor de Dios". Y por último, debo dar alguna noticia de esta ilustre dama que fue excelsa patriota lo mismo que el cura Juan Pablo. Ella fue la esposa de don José Mejía, el

ilustre delegado a las Cortes de Cádiz en 1812, cuando se invitó a los americanos a ocupar puestos en el Congreso que cambió la Constitución. Allí pronunció los más elocuentes discursos que llamaron la atención de todos, so-

bre la libertad de imprenta y fustigó con su verbo la tiranía de la Santa Inquisición. A Santacruz y Espejo, América le debe una gran biografía y una estatua especial en la Sede de la Organización de los Estados Americanos.



CASA OLIMPICA

AL SERVICIO DEL DEPORTE COLOMBIANO

ATENDEMOS SUS PEDIDOS DE CUALQUIER PARTE DEL PAIS

Calle 17 No. 6-12 - Teléfonos: 41 44 51 - 34 50 51 / 53 - Telégrafo "Olimpica" Bogotá, D. E.